

UN RECUERDO DE LA MUERTE DE AMADO NERVO

Para Alfonso Reyes, afectuosamente.

El 25 de Mayo de 1919 era domingo. Había amanecido nublado, después de una semana de sol.

Se realizaba esa mañana a las 10, la sesión solemne de clausura del II Congreso Americano del Niño, en el salón de Actos del Ateneo. Presidía el Congreso el Dr. Luis Morquío, a quien acompañaban los Presidentes Honorarios del Congreso, doctores Gregorio Araoz Alfaro y Aloysio de Castro, el Ministro del Perú doctor Víctor Belaúnde y los miembros del Comité Ejecutivo.

El Salón se encontraba repleto de concurrencia. Serían ya pasadas las diez y empezaba a sentirse en la Asamblea plenaria, esa impaciencia característica de las ceremonias que se retrasan sin causa conocida, cuando llegaron casi al mismo tiempo el doctor Zorrilla de San Martín, el doctor Belaúnde, el doctor Aloysio de Castro y algunos más, trayendo en el rostro acongojado escrita la noticia ya conocida por muchos, y que nos impresionó dolorosamente a todos: «Amado Nervo, el dulce y querido poeta, falleció ayer». Un estremecimiento profundo de pesar, de desolación, recorrió la concurrencia.

El doctor Belaúnde, Director a la sazón del «Mercurio Peruano» y Representante de su país entre nosotros, se puso de pie; y entre los murmullos y las exclamaciones comenzó a hablar. Apenas pronunciara las primeras palabras, se hizo un silencio religioso para recoger hasta la más pequeña inflexión de esa oratoria conmovida, sentida desde la entraña, con que nos iba diciendo su devoción por el poeta y por el hombre y su desolación por la implacable desaparición del cantor emocionado y sereno. Ante el silencio recogido y tembloroso de la Asamblea aparecía por la magia de la palabra la figura de marfil y cera del poeta mexicano. El

temblor de la voz, el hondo sentimiento de la palabra, el brillo húmedo de la mirada, el gesto sobrio y contenido, revelaban claramente el amor sincero que el místico cantor de «Serenidad» inspirara a cuantos le conocieron.

Todos sentíamos, al unísono, palpitar aceleradamente nuestros corazones. Un soplo de tragedia pasaba sobre esa concurrencia formada en su totalidad de estudiosos; hombres de ciencia, educadores, sociólogos, legisladores, médicos, reunidos con el noble y elevado fin de hacer más fácil y más bella la vida de la infancia.

Vibraba todavía el ambiente conmovido por la bella improvisación del doctor Belaúnde, cuando cediendo a la presión de los amigos, el doctor Zorrilla de San Martín, con su palabra que es música y color, pensamiento y luz, emoción y belleza, dijo, brevemente, su oración de despedida, evocando la velada que pocas noches antes, en esa misma sala, el poeta admirado y querido había ofrecido a la sociedad de Montevideo, recitando con la intimidad propicia de su alma, con el mismo recogimiento, con el mismo fervor con que fueran escritos y sentidos, los versos admirables.

La figura etérea de Nervo, flotaba, imprecisa y presente sobre la concurrencia emocionada. Bajo esta impresión casi religiosa, el doctor Morquío, Presidente del Congreso, declaró abierta la sesión de clausura del II Congreso Sudamericano del Niño. Tras breves y sentidas palabras de recordación al ilustre Representante de Méjico fallecido, pide a la Asamblea que se ponga de pie en homenaje al excelso poeta. Silenciosos y recogidos, como en una ceremonia solemne, lo hacemos así; y no es solamente el cuerpo el que se pone de pie.

Largos momentos transcurrieron antes de

que, poseídos por completo de tan doloroso sentimiento, pudiéramos dedicar toda nuestra atención a los votos emitidos por las diversas Secciones, que el Secretario doctor Alfredo Penino iba leyendo y que el Presidente ponía a discusión. Muchos abandonaron la sala para acudir cerca del cadáver, que en el Paraninfo de la Universidad recibía el homenaje de toda la ciudad, en forma de verdadero tapiz de flores que cubría, materialmente, el lujoso catafalco.

Una guardia lírica, formada por los más destacados poetas, veló, alternándose, el cadáver del dulce mexicano.

Por la tarde, la ciudad entera se volcó sobre las calles por donde debía pasar el cuerpo, camino del Cementerio Central. A nadie Montevideo rindió así, con el corazón pleno de ternura y el alma desbordante de pesar, un homenaje más espontáneo, más sincero, más emocionado. Toda la ciudad, ricos y pobres, intelectuales y analfabetos, se congregó en imponente manifestación en la plazuela del Central, donde un torneo de oratoria magnífica, en el que tomaron parte casi todos los Representantes extranjeros y nuestras más destacadas figuras, despidió cálida y dolorosamente, al poeta tan admirado como querido fuera el hombre.

Era tal la cantidad de gente que algunos oradores, imposibilitados de llegar a la tribuna oficial, improvisaron su tribuna donde

podieron. Así el delegado brasileño que no recuerdo exactamente si era el Dr. Mactagao Gesteira o el Dr. Magalhaes, pronunció una sentidísima oración, acaso una de las más bellas de la tarde, desde las ramas de un plátano de la entrada.

Eran las 7 pasadas; ya oscurecido por completo, y el enorme gentío continuaba el lento desfile de regreso, con el rostro nublado como la tarde, y el corazón conmovido y silencioso.

Montevideo rindió así, plenamente, fervorosamente, como nunca lo hiciera; como no volvió a hacerlo desde entonces, su más cálido, su más emocionado homenaje al poeta que, en una tarde de sol, entregara a la ciudad blanca y azul, frente al mar que arrulló su último sueño, toda el alma religiosa y pura, con el suspiro definitivo.

La ciudad agradecida, recogió piadosamente, el don supremo, y lo conserva intacto en el recuerdo y en el cariño que, a través de Nervo abraza a toda la grande y noble nación mexicana.

Meses después, los Cadetes de la Escuela Militar custodiaban los sagrados despojos hasta la tierra que les diera vida; pero el espíritu del poeta, intangible y presente, flota todavía sobre la ciudad amorosa que lo recogió en su seno.

Luisa Luvisi.

Mayo 24, 1929.